

## **El cuestionamiento histórico del “Régimen del 78”: Bloqueos y transmisiones en las memorias activistas**

**Ariel Jerez Novara**

*Universidad Complutense de Madrid*

**Pablo Sánchez León**

*Centro de Humanidades CHAM  
Universidade Nova de Lisboa*

En esta comunicación mantenemos que el movimiento para la recuperación de memoria, ofrece una interesante perspectiva para analizar el proceso político español del último medio siglo. Ha sido un actor social central en la emergencia del primer cuestionamiento del régimen del 78, desvelando progresivamente a las nuevas generaciones tanto límites culturales en el campo de los derechos humanos, como legados y continuidades autoritarios que pesan en la calidad de la democracia española. Sus hitos políticos y jurídicos luchando contra el silencio y la impunidad han puesto en evidencia una dimensión traumática del pasado dictatorial hasta ahora ignorada, superando un tabú informativo cultural de casi tres décadas de democracia. Abriendo el debate público la disputa por las interpretaciones sobre el pasado reciente, se ha convertido en un importante catalizador de recuperaciones y transmisiones de memorias activistas intergeneracionales en el presente, donde podríamos leer en clave de crítica de legados pasados el “no nos representan” del 15M o el señalamiento de la “casta” en la fase inicial de Podemos.

En el espacio abierto por este cuestionamiento, a medida que se fue decantando retrospectivamente el ambiguo papel de las organizaciones de la izquierda en relación a la gestión de un pasado incómodo, con la crisis financiera de 2007 también emergieron interrogantes sobre la adecuación de su lectura del presente y de sus proyectos de futuro. Las generaciones más jóvenes descubrieron con el progresivo cierre de oportunidades en mercados laborales y sistemas de bienestar, un futuro sin progreso que los condena a vivir peor que sus progenitores. La indignación ciudadana contra la corrupción del régimen estalla en mayo de 2011 guiada por colectivos con nombres tan simbólicos como Democracia Real Ya y Juventud Sin Futuro que, al margen de partidos y sindicatos, abrían una importante ventana de oportunidad a una amplia renovación generacional. Se haría evidente en el campo organizativo claramente con la posterior aparición de Podemos, que forzaba la renovación de liderazgos en las grandes organizaciones de la izquierda: Alberto Garzón en IU; Pedro Sánchez en el PSOE; CCOO, e incluso mediáticas con un importante ingreso y aumento de visibilidad de periodistas jóvenes en periódicos y televisiones. Empezaba a pasar el pasado que no quería pasar, porque política y medios necesitaban remozarse tras la mayor movilización social y electoral vivida desde la transición. (Sampedro y Lobera 2015; Jerez, Maceiras y Maestu, 2015).

Nuestra argumentación busca explicar cómo en el complejo devenir de memorias y referentes históricos de la izquierda desde los años setenta, fueron los espacios habilitados por movimientos sociales más radicales donde se producen intercambios e hibridaciones entre experiencias de viejos y nuevos activismos ciudadanos, se reconfiguran memorias políticas e imaginarios ideológicos, se producen los aprendizajes políticos con la comprensión de la evolución de las luchas por la justicia, la igualdad y la libertad desde unos contextos socio-históricos a otros. Consideramos que esta

transmisión híbrida de experiencias ciudadanas activistas ha alimentado minorías activas con un importante papel en la transformación de las culturas políticas en la compleja construcción de la ciudadanía posfranquista.

Consideramos en última instancia que los flujos de memoria, experiencia y conocimiento activista entre generaciones, conforman un factor central diferencial de las dinámicas históricas de la izquierda y de su auto-conciencia, que condiciona su capacidad de promover coaliciones políticas sólidas y duraderas. Desarrollar imaginarios ideológicos y programas transformadores a la altura de los retos de la desigualdad y diferencia de la ciudadanía en el siglo XXI, es fundamental para encarar la creciente polarización ideológica y las reacciones culturales excluyentes de las políticas identitarias del populismo autoritario (Norris Inglehart, 2019).

Esta preocupación orienta nuestra perspectiva de reinterpretación crítica, que consideramos inhabitual y que se apoya en una relectura de tres momentos (re)constitutivos de la izquierda –dos momentos de ruptura (en los años 60 de lucha antifranquista y los 80 de consolidación del “Régimen del 78”) y un momento de recomposición (a partir del año 2000)– ordenados en cuatro niveles de análisis: el régimen institucional, la izquierda social, la izquierda orgánica y la transmisión de memorias activistas. Por cuestiones de espacio aquí nos ceñimos sobre todo a los dos últimos momentos entendidos como significativos de los procesos de bloqueo y transmisión de aprendizajes activistas, de lecturas históricas y conciencias de legados y proyectos, entre otros procesos de construcción analítica, discursiva, en última instancia, simbólica sobre los que transcurren acumulativamente los cambios de las subjetividades colectivas que dinamizan los movimientos sociales (Giménez Azagra, 2019; Jerez, Sampedro y Rey, 2008).

La primera brecha de trasmisión de memorias en los años sesenta se puede sintetizar como producto de un contexto político y cultural altamente represivo de la dictadura franquista, que aísla en la clandestinidad todo intento de oposición política, dificultando los vínculos entre distintas generaciones de militantes, las organizaciones y las comunidades de exiliados. A lo que cabe añadir dinámicas de escisiones organizativas que respondían a distintas combinaciones de simpatías ideológicas, vínculos políticos y encuadramientos doctrinarios (leninistas, troskistas, maoístas, guevaristas, prosoviéticos,...) que llevarían a una importante dispersión de siglas entre las décadas del sesenta al ochenta (Martínez i Muntada, 2016). Al control represivo cabe añadir el integrista cultural del nacional catolicismo que mantiene a la mayoría social española ajena a las demandas de ciudadanía, en un régimen que además diseñó en los sesenta, ex novo, algunos de los formatos de organización civil como las asociaciones de familias, que modernizarían los anclajes sociales del régimen y que, desde la posguerra, habían sido organizados por la red social del falangismo (Sánchez León, 2008).

Las prácticas y culturas clientelares y patrimonialistas en el manejo dictatorial de la cosa pública-estatal también forman parte de una tradición de modernización conservadora dependiente, que en los años sesenta promueve una particular cultura mesocrática de clases medias, promocional, propietaria y consumista, refractaria a demandas de participación ciudadanas (“¡No te signifiqués!”) (Sánchez León 2014). Lo que gravitaría sobre las dinámicas interclasistas de los procesos de resistencia popular y ciudadana del ciclo de protesta antifranquista, en movilizaciones e iniciativas en confluencias obreras, estudiantiles y vecinales que serían objeto de intensa represión y violencia policial a lo largo de la transición desde la dictadura, que estaría lejos de ser pacífica y ejemplar como

plantea el discurso consensual oficial (Del Aguila y García de Entrerria, 2001; Baby, 2018).

En el contexto de la industrialización desarrollista dictatorial, el movimiento obrero ya no puede acudir al repertorio organizativo de la política de masas de los años 30. No obstante, la estrategia micro de conflicto a nivel de planta, poco a poco va estableciendo comisiones obreras para negociar directamente con los empresarios, con lo que logra profundizar contradicciones políticas con la progresiva colonización de las estructuras sindicales verticales gestionadas por el movimiento nacional falangista hasta 1977. La intensa movilización obrera lleva a reaccionar a la dictadura franquista con la persecución sindical, con encarcelamiento de su dirigencia y numerosas declaraciones de estado de excepción, que empiezan a poner en evidencia su creciente crisis de legitimidad (Gallego, 2008).

Las estructuras clandestinas del Partido Comunista en el interior son planificadas desde direcciones en el exilio que impulsan la implantación de las comisiones obreras, pero son redes con escasa densidad y presencia organizativa donde emergen líderes espontáneos. Si bien con frecuencia carecen de conexiones con las memorias militantes previas, el compromiso colectivo desatado a finales de los sesenta forjan políticamente en una primera fase asamblearia, autogestionaria y participativa fundamentales para intensificar las movilizaciones contra la dictadura (Molinero e Isaz, 2016); Domènech, 2011).

La violencia de la intensidad represiva contra la resistencia antifascista y la duración de la dictadura más larga de occidente marcaron tanto la elaboración de discursos desde la derrota como los intercambios entre organizaciones y espacios sociales de reclutamiento (Sánchez León e Izquierdo; 2017). En el corto plazo se necesitaban interacciones orgánicas virtuosas

que ayudasen a actualizar y articular viejos y nuevos valores revolucionarios, intentar reconstruir perspectivas radicales con objetivos democratizadores estratégicos en un nuevo contexto político e ideológico orientando por la acción electoral. En el medio plazo sentar las bases de una democratización social y cultural exigía esfuerzos para impulsar nodos y redes de una sociedad civil más activa y crítica para remover y desplazar inercias y legados autoritarios de la dictadura. Sin embargo, las complejas dinámicas de la transición política, aprendizajes políticos, memorias militantes e imaginarios transformadores quedarían bloqueados nuevamente por los límites participativos, doctrinales y faccionales en el delicado contexto de los consensos transicionales, la consolidación socialista facilitada desde el interior y el exterior y las reformas neoliberales que se pondrían en marcha entre finales de los setenta y los ochenta (Andrade Blanco, 2013; Molinero y Ysàs, 2008).

Si bien el proyecto de *democracia orgánica*, populista y reaccionaria, deseado como continuidad del régimen por las élites franquistas queda desbordado por la progresiva movilización obrera y social que alcanza cifras record en los años 1976 y 1977, donde el control de facto del poder del estado por el establishment franquista gravitará sobre la transición y el control de las aperturas democratizadoras en instituciones políticas y culturales. Sobre dos procesos tan estructurantes como fueron, primero, el diseño institucional del nuevo estado constitucional de 1978, con importantes dispositivos de cierre político en el sistema electoral, en un bicameralismo disfuncional territorialmente y un sistema judicial de orientación ultra conservadora. En segundo lugar, un diseñado discurso de la transición modélica que va tomando forma en las siguientes décadas, cuya contracara fue el silencio-olvido del pasado dictatorial como elemento fundante del nuevo marco narrativo nacional que desarrollan las

principales instituciones de reproducción cultural (sistemas educativos, académicos y mediáticos).

A lo largo de toda la década de los setenta se intensifican las disputas en los propios dispositivos de participación del régimen, con las comisiones obreras de fábrica y los colectivos vecinales colonizando también el sistema de asociaciones familiares del régimen (junto a otros grupos altamente movilizados como los estudiantes y activistas de organizaciones radicales). Al estar los partidos proscritos en la primera fase de transición, el movimiento en red tiene considerable autonomía de movilización, ampliando progresivamente las demandas sectoriales de estos ámbitos para protagonizar movilizaciones masivas como las de la carestía o la amnistía política y otros procesos de radicalización que llevan a promover la lucha armada (Casanellas, 2013). La movilización opositora desborda los planteamientos de apertura controlada del régimen, forzando fases de democratización imprevistas que implicarán una gestión del conflicto crecientemente represiva por parte del régimen, con iniciativas de guerra sucia (entre otras, los atentados de Vitoria, Montejurra y Atocha) (Sánchez Soler, 2010).

No obstante, fuera de los marcos institucionales de negociación de partidos y sindicatos, a finales de la década todavía fluye la energía utópica participativa que desde sus inicios moldeaba nuevas demandas de derecho a la ciudad, alumbraba el lenguaje de la ciudadanía social y sus dinámicas participativas, procesos motores de democratización y escuelas de ciudadanía. Pero el movimiento vecinal vería cerrarse rápidamente sus expectativas, donde la exclusión del reconocimiento constitucional de sus asociaciones o el inhibitorio sistema de iniciativa popular dejaba claro el perímetro que los partidos habían puesto a la iniciativa política en la nueva democracia. Buena parte de sus cuadros serían cooptados como nuevas

élites políticas y burocráticas de un estado de bienestar en expansión (Castells; 2008; Rodríguez Villasante, 1995).

El oximorón “ruptura pactada” sintetiza la condicionada negociación que mantuvieron entre 1973-1978 las asimétricas fuerzas opositoras y franquistas, donde se terminaría exigiendo una rápida desmovilización de sus bases para transitar a un sistema democrático. En este proceso, grandes partidos y sindicatos vivirían un proceso de abrupta moderación ideológica (con sendas renuncias al leninismo y al marxismo del PCE y el PSOE) y sus cuadros pasarían a orientarse por estrategias pragmáticas para acceder al poder del estado. La incorporación creciente a las organizaciones clandestinas a lo largo de los sesenta, la acelerada afiliación de los primeros años de la transición retrocedería ya al final de la década, dejando a las estructuras partidarias y sindicales a merced de procesos faccionales y fontanerías grupales donde el debate político-ideológico pasa a esconder juegos de poder y acceso a cargos en la nueva institucionalidad democrática. La desmovilización opositora tras la aprobación constitucional, el golpe del estado de 1981 reforzaría el pacto de silencio sobre golpe de estado, la resistencia en la guerra y la dictadura, y consiguiente marginación estructural de los movimientos sociales, otorgando a la forma partido político una posición predominante y excluyente en el nuevo marco democrático.

Los vínculos militantes forjados en un contexto político tan adverso, deudores de recriminaciones mutuas de culpabilidad sobre la derrota de una guerra civil todavía no reelaboradas, terminarán deteriorándose aceleradamente con las tensiones vividas tanto al interior de las organizaciones, como en la creciente competencia entre ellas por el acceso al poder. En diferente medida en este nuevo contexto, el debilitamiento de las culturas militantes en el contexto de la transición afecta a todas las líneas ideológicas de adscripción, que, en virtud del



pacto de silencio, sufrieron severos bloqueos en la transmisión de sus experiencias y memorias activistas, que limitarían sus horizontes políticos e intelectuales durante las décadas de democracia.

En el campo comunista, donde el PCE había protagonizado en solitario una primera fase de oposición clandestina, se pueden observar relaciones tensas con la memoria de cuadros y bases al haber asumido la tesis de la Reconciliación Nacional recomendada por Stalin a finales de los años cuarenta, que acabaría con las últimas resistencias armadas que mantenía el "partido" tras la segunda guerra mundial.

Los principales líderes comunistas de la guerra civil exiliados en distintos países socialistas, que habían mantenido un activo protagonismo de dirección política en esta etapa en buena medida gracias un considerable apoyo político exterior, no conseguirán la adhesión electoral desde los primeros comicios, donde la ciudadanía progresista premia la renovación del liderazgo socialista. Las plenas capacidades del régimen planeaban sobre el proceso de legalización del PCE 1977, con cesiones en la asunción de símbolos nacionales continuistas y renunciias dolorosas de la memoria republicana, una contradicción flagrante en su trayectoria, que impuesta cupularmente de manera autoritaria deprimirían sus bases militantes, con una desertión que sería masiva de en los años siguientes (Pinilla García, 2017). Tras tantos años de lucha antifranquista tenían serias dificultades para asumir una nueva legitimidad basada en el olvido y la reconciliación, porque en buena medida intuían el impacto en su identidad y credibilidad. Un repunte de movilización protagonizado por el movimiento pacifista en el marco de las campañas anti-OTAN que culminan en el referéndum de 1986, permite un movimiento aperturista al PCE con la creación de la coalición Izquierda Unida. No obstante, en el campo de la memoria, en ese año del 50

aniversario de la Guerra Civil, este espacio volvía a participar de los consensos de la España “normalizada”.

El PSOE mantuvo su dirección en el exilio y un bajo protagonismo en la lucha antifranquista, pero reaparecería con un importante apoyo exterior realizando una importante operación de relevo generacional en el Congreso de Suresnes (1974). Evolucionó velozmente de un inicial y oportunista discurso radical y movilizador a un discurso de la responsabilidad gubernamental de dimensión “histórica”. Sus gobiernos entre 1982-1996 gestionaron estratégicamente, tanto el programa neoliberal (contención gasto, privatizaciones, flexibilización laboral, cuasi constitucionalizado en el Tratado de Maastricht de 1992), como las narrativas de la transición modélica, el pacto de amnesia y la desmemoria colectiva (Andrade Blanco, 2012).

La pragmática apuesta institucional de estos dos partidos produce una segunda brecha en las transmisiones activistas en el marco cultural y comunicacional conservador de la transición, donde el “pacto de olvido” llega a constituir un rasgo compartido de la identidad de la nueva “clase política” –y también la periodística- de la democracia. Los primeros intentos exhumadores de fosas republicanas, protagonizados por familiares en el periodo 1978-1981, son contenidos por las organizaciones políticas y marginados informativamente por el nuevo sistema de medios (todavía no existe la agenda de DDHH que iría emergiendo a lo largo de los ochenta en la democratización latinoamericana) (Ferrándiz, 2019).

Tampoco la izquierda extraparlamentaria y los grupos armados que lucharon contra la dictadura conseguirían adaptar, reconvertir, sus imaginarios revolucionarios y transmitir su experiencia activista en el contexto cultural de la democracia.

Por su parte los grupos anarquistas sufren una intensa represión que pesa en dinámicas clandestinas, aisladas y escasez de recursos, con problemas de comunicación y organización entre las diferentes generaciones del interior y el exterior, con periodos de latencia y activación con políticas emocionales de alto riesgo, en las que esperanza, indignación y represión se refuerzan en intensos procesos de identificación de grupos altamente comprometidos. No obstante, las disputas tácticas e ideológicas en torno a los liderazgos de las organizaciones y la dificultad derivada del nuevo contexto mediático y político-electoral de la Transición marcarían una posición de limitada influencia en la movilización de recursos y oportunidades en el periodo post autoritario (Romanos, 2011a y b, Pérez, 2016).

La única excepción relativa la podríamos localizar en el caso vasco, donde el magnicidio de Carrero Blanco y la alta represión contra ETA alimentó un abigarrada resistencia del tejido nacionalista de la izquierda abertzale. Con el registro trágico de la lucha armada se generaban nuevas articulaciones ideológicas y narrativas en un imaginario nacionalista vasco, donde nuevas generaciones gudarís conectarían con diversas luchas y espacios sociales y contraculturales en un nuevo contexto político institucional que sigue mostrándose abiertamente hostil a toda política contenciosa. Si bien viven tensiones múltiples en disputas de autonomía y control sobre luchas al interior de estrategias de "unidad político-militar" de acción, son muchos los activistas de base y grupos que buscan mantener autonomía intelectual y política en el difícil contexto de lucha armada, con constantes enfrentamientos y escisiones en los frentes obreros y militares de distintas vanguardias sociales y populares en el marco disputa por la autodeterminación nacional (Estebaranz, 2011 Letamendia, 2011). El trágico imaginario contencioso vasco parece lograr espacios de ruptura subjetiva donde el horizonte de lucha

radical por la revolución parece imprimir a la democratización en Euskadi un mayor protagonismo popular, una mayor apertura en las interacciones estado-sociedad civil con agendas y orientaciones en tejidos democráticos más masivos, críticos e inclusivos, aperturas como las observadas en relación a la revolución portuguesa (Fernández, 2015).

La profunda remodelación sufrida por el movimiento obrero en el nuevo contexto democrático, una vez perdida la acción opositora unitaria del franquismo, la nueva pauta de la competición sindical marcada por la reaparición de la central socialista UGT y un proceso de devolución selectiva del patrimonio incautado por la dictadura. La progresiva institucionalización de la vida sindical, en el contexto de ajuste estructural neoliberal, ampliaba desde los tempranos Pactos de la Moncloa de 1977 una visible fractura tanto entre bases y cuadros, como entre tradiciones asamblearias y burocráticas que tendría efectos de largo plazo. En los años ochenta los cuadros de las distintas facciones comunistas (PTE; LCR; MC), y en mucho menor medida las libertarias, conseguían algunas cuotas de poder y patrimonio institucional (sindicales, municipales, fundaciones culturales) que servirían para mantener redes, agendas y sensibilidades críticas que intentan promover interacciones y vínculos con movimientos sociales y contraculturales.

El cierre institucional de grandes partidos y sindicatos hace que las bases socioculturales del bloque progresista procuren en movimientos sociales y colectivos contraculturales (antimilitarista, ecologista, okupas) espacios de encuentro. Se intenta ahí canalizar la virtud cívica y actualizar la subjetividad democrática ante los procesos de oligarquización conservadora de los referentes partidarios y culturales en las arenas institucionales y en los sistemas mediáticos. En los años ochenta y noventa se configuran como espacios de autonomía

social cotidiana y generadores de nuevos estilos de vida, transversales desde el punto de vista generacional e ideológico, donde se desarrolla una subjetividad política alejada de la política institucional, incluso con actitudes abiertamente anti electorales. Chocaron con frecuencia con las estrategias de "desembarco" de los partidos de izquierda que intentan insertar militantes en los espacios de coordinación de los movimientos, condicionando intercambios políticos e institucionales con estrategias dirigistas y consignistas.

Estas dinámicas configuran una segunda brecha en la transmisión de memorias activistas entre generaciones y espacios ideológicos, que ha pesado sobre la iniciativa política de las organizaciones a la izquierda en las décadas de los ochenta y noventa.

No obstante, a lo largo de esta fase algunos movimientos sociales fueron ganando articulaciones transnacionales en la génesis del ciclo de movilización altermundista, dado que parte de sus militantes están volcados en agendas exteriores vinculadas a la disputa geopolítica, con nutridas redes de solidaridad con algunos nuevos procesos de construcción nacional (Cuba, Nicaragua, República Saharahui, Palestina, movimiento zapatista en 1994 y Venezuela tras el golpe de 2001), o reivindicaciones de la ayuda internacional del 0,7% del PIB o la abolición de la deuda externa al tercer mundo. Cabe llamar la atención sobre orientación internacional o sectorial de movimientos de los años noventa como los de cooperación al desarrollo, el movimiento ecologista, feminista o el antimilitarista, que llega a conseguir la abolición del servicio militar obligatorio. Y también el consiguiente abandono de perspectivas y agendas de política nacional sobre la creciente desigualdad social, que en España recién empezarían a activar dinámicas de movilización amplias sobre agendas locales tras la crisis de 2008 (contra los desahucios, diferentes "mareas" en

defensa de servicios y bienes públicos), culminado en 2011 con la indignación del 15M (Jerez Sampedro y Rey 2008; Monge Sierra, 2017).

Para terminar recapitulamos desde la perspectiva abierta por el movimiento por la Memoria, que con una estrategia autónoma respecto a las organizaciones partidarias y sindicales y un sofisticado repertorio de trabajo colectivo (asociativo, científico, cultural), ha conseguido simultáneamente cuestionar el pacto de silencio y activar procesos de transmisión de memorias, que disputando la interpretación del pasado abrían las reflexiones sobre el presente y el futuro político a las nuevas generaciones.

En este sentido, el movimiento de la Memoria se constituye en madrugador en el cuestionamiento al Régimen del 78, dando forma a una primera demanda de regeneración y normalización con posterioridad exigida más ampliamente por el movimiento del 15M que eclosiona en 2011. Y podríamos considerar que su trabajo cultural genera una identidad memorialista forjada en complejas transmisiones entre distintas generaciones que vivieron la experiencia movilizadora republicana y la resistencia desde una posición de súbditos durante el franquismo.

Es la progresiva presencia pública del movimiento memorialista la que consigue una apertura para la reelaboración de un discurso crítico con el balance de la Transición que termina interpelando al conjunto de organizaciones progresistas que se esfuerzan por revisar y reacomodar trayectorias y memorias. La recuperación de la Memoria abría una perspectiva temporal que estimulaba a las nutridas cohortes del “baby boom” a empezar a tomar conciencia de su precariedad y a politizar la desigualdad creciente en el devenir de la democracia posfranquista.

Con sus denuncias de familiares de víctimas ante la Comisión de Derechos Humanos de Naciones Unidas (2003) y sus iniciativas judiciales contra la dictadura franquista ante la Justicia argentina (2010) consigue activar una intensa dinámica de internacionalización del conflicto sobre las nuevas redes de DDHH construidas en las dos últimas décadas por la sociedad civil internacional. Este movimiento sabe aprovechar contradicciones culturales *glocales*, consiguiendo contraponer dos marcos epistémicos incompatibles ante la opinión pública internacional: una Transición modélica, que en el contexto de la crisis de 2008 empezaba a desvelar la naturaleza ideológica del régimen del 78, su realidad de exclusión social y baja calidad democrática hasta el momento ignorada (Ferrándiz, 2010; Martín Chiappe; 2019).

### ***Algunos elementos conclusivos para seguir investigando.***

El movimiento de la Memoria moviliza a lo largo de casi dos décadas una información histórica y un debate público que contribuye a activar conexiones intelectuales y transmisiones intergeneracionales fundamentales para entender la desigualdad actual vinculada a lastres heredados y aumentar la percepción de la impunidad como problema político y cultural.

Su base social, generacional y territorialmente transversal, así como la naturaleza de su causa, relacionada con la dignidad moral frente a una pesada herencia ideológica y cultural de una larga y cruel dictadura, lleva a la identidad memorialista a jugar un papel intelectual conectivo y facilitador, un espacio puente que ha contribuido a configurar nuevos discursos y conexiones entre públicos e imaginarios de resistencia crítica en la actual de crisis en democracia. El discurso de reclamación de derechos de las víctimas deshumanizadas por el franquismo, el señalamiento de las limitaciones culturales e ideológicas impuestas por el régimen del 78 a la vida democrática, al

afectar particularmente al acervo histórico-simbólico y afectivo de los diversos tejidos asociativos de las izquierdas y de varias generaciones de familiares de víctimas, abre nuevas miradas sobre un pasado reciente a todas luces injusto e incómodo, en el que se apoya la crisis actual. Lo que habilita la recuperación de trayectorias militantes, las relecturas de las memorias colectivas y las identidades político culturales –en última instancia, hasta el conjunto de la identidad nacional- (Jerez, 2013; Razquin, 2015).

Presentándose en buena medida como el vehículo partidario de la indignación del 15M, en el auge y declive político electoral de Podemos, también puede analizarse desde las transmisiones de memorias activistas, de aprendizajes históricos y la necesidad de reconfiguración de imaginarios sociales y políticos. Unos procesos de actualización política e ideológica en buena medida pendientes en el campo progresista, dominado por estructuras partidarias y sindicales con serias dificultades para mejorar una mayor articulación y conectividad con una sociedad civil y ciudadanías más autónomas, retos fundamentales para gobernar las democracias del siglo XXI (Innerarity, 2020; Castells, 2018).

El espacio para recontar y reevaluar el pasado de la izquierda española centrándose en la transmisión de experiencia ciudadana y sus limitaciones culturales lleva casi dos décadas operativo. La esperanza de contar con activistas y diagnósticos más críticos, con tejidos asociativos dinámicos y coaliciones potentes para sostener retos y proyectos transformadores autónomos ante el ciclo que se abre, encomienda esta tarea colectiva. En el contexto de recomposición histórica del bloque progresista en el primer gobierno de coalición que se produce en la estrecha institucionalidad política del régimen del 78, la energía militante y la movilización social y cognitiva seguirán siendo fundamentales. En este sentido, cabe reseñar algunos



aspectos que remiten a las temporalidades del pasado sobre proyectos e identidades, al menos dos ámbitos con potencialidades para una reflexión política crítica.

Las primeras se pueden ubicar en el campo de la organización partidaria, la democracia interna y la manera de ampliar bases. En el despegue de la formación que ha elegido como color político el morado – en el pasado referencia comunero-republicano, en la actualidad de la protesta feminista-, el nuevo imaginario de transversalidad social e ideológica inspirado en el 15M se constituía en un importante activo político esperanzador. La intensa dinámica de expansión local de sus “círculos” de base se alimentó de las prácticas asamblearias actualizadas por el 15M y una nueva generación de activistas que exploraron y activaron aprendizajes en redes altermundistas que en buena medida señalaban importantes limitaciones de la izquierda tradicional en su lucha por la hegemonía, por lo que se venía a promover nuevos discursos, estrategias comunicativas e, incluso, organizativas. Todavía no tenemos datos estabilizados del devenir de la organización partidaria en un momento clave de su implantación territorial, pero son evidentes las limitaciones en su implementación local y tensiones en las luchas entre familias en diversas autonomías que reclaman una orientación federal en la construcción partidaria. Lamentablemente las direcciones partidarias celosas del control organizacional mantienen perspectivas de centralismo democrático que imposibilitan habilitar no solo estos espacios, si no que dificultan explorar otros nuevos, al igual que diagnósticos y propuestas de construcción colectiva más complejos y sofisticados para nuevas repolitizaciones democratizadoras. Es necesario pensar la articulación que haga más compatibles las coaliciones políticas competitivas de organizaciones que deben recorrer los accesos verticales y jerarquizados a las posiciones no solo políticas sino administrativas del estado, con las alianzas sociales conectadas

en redes horizontales con tejidos sociales y cívicos productores de agendas de gobierno debate públicos y legitimidades democráticas de nuevo cuño deliberativo-participativo.

La recuperación vivencial de la asamblea en un acontecimiento de las dimensiones del 15M no solo inauguraba nuevas temporalidades políticas para imaginar las relaciones entre pasados y futuros, hasta el momento exploradas por el movimiento de Memoria. También actualizaba nuevos presentes democráticos reclamando nueva cultura de la escucha, del intercambio y del reconocimiento entre los distintos actores, posiciones y sensibilidades del campo del cambio político crítico. Hubo diagnósticos y propuestas que reclamaban nuevas formas, vínculos y herramientas participativas organizativas para enfrentar y superar viejos y nuevos problemas partidarios (Labrador; 2014; Moreno Pestaña 2017 Y 2019; Carmona Hurtado, 2018; Feenstra, 2017).

La segunda cuestión se puede situar en unas coordenadas de creciente polarización ideológica y de las políticas de identidad desplegadas por las derechas alternativas, que obligan a repensar adecuadamente la articulación de memorias activistas desde las organizaciones sociales y partidarias, las políticas culturales estatales y las culturas políticas formateadas crecientemente por los medios de comunicación. Tanto podas y desmoches operados por el franquismo sobre las redes sociales y culturales más avanzadas con las que España ingresa en el siglo XX, como el reforzamiento institucional del tradicionalismo cultural y religioso que las extiende hasta el siglo XXI, exigen dosis de inteligencia colectiva extra para reacomodar dinámicas de una esfera pública excluyente, donde históricamente la protesta activa en las calles sigue recibiendo baja atención por los responsables institucionales de partidos y administraciones (Fischman, 2012).

Promover una política de mayorías para promover cambios implica pensar y dialogar sobre el cambio histórico, procesar interrogantes democráticos sobre la crisis, pensar el significado de la reforma y de la revolución y los cambios posibles, en la conversión de las culturas militantes en las redes sociales, cívicas e institucionales que movilizan la política y ayudan a gestionar el conflicto en sociedades hiper-mediatizadas. La autoconciencia histórica constitutiva de la mirada militante debe rebasar imaginarios épico-titánicos, y abordar con la paciencia pedagógica que la caracteriza la actual complejidad social con mayor honestidad, humildad y astucia. La investigación sobre las memorias activistas y las culturas militantes pueden ayudar a mejorar evaluaciones críticas y sinceramientos históricos respecto a la violencia y el *poder obedencial* presente en el propio campo político. La capacidad de autodeterminación ideológica y política implica revisar una violencia revolucionaria sobre la que se despliegan subtextos muchas veces no compartidos, en los que se articulan además de generosos y dolorosos compromisos vitales, mitos, falsas lealtades y falsas traiciones, donde pivotan las tradiciones verticalistas y autoritarias que posiblemente inhiben políticas mayoritarias (Calveiro, 2005; Dussel, 2006; Andrade; Pozzi, 2013 Campos, 2015 Sarria, 2016).

Las culturas militantes son patrimonios políticos imprescindibles y complejos en el campo de la izquierda, una estructura sentimental en el decir de Raymond Williams (en Pozzi, 2013) que responde a un espacio de auto-reconocimiento, que reclama atención estratégica en una coyuntura de cambio histórico de mayor complejidad tecnopolítica, que implica a los activistas y a la ciudadanía crítica en nuevas arenas de diagnosis crítica y lucha experta. Muchas veces los imaginarios ideológicos se encuentran todavía lastrados por memorias organizacionales en exceso cerradas, por componentes doctrinarios poco revisados o por

una voluntat de canvi presidida per horitzons maximalistes y/o desigs revolucionaris que els tancin a noves agendes y a nous públics preocupats, y crecientement afectats per un sistema de desigualtats ampliat per la emergència ecosocial.

Les cultures militants amb els seus mapes ideològics, estímuls intel·lectuals y forces morals poden ajudar a les compromisos, aprenentatges y desenvolupament de capacitats de les identitats activistes presents en centenars de col·lectius, teixits y organitzacions dels moviments socials y xarxes de la societat civil. Unes y altres poden ser part de la nova institucionalitat cívico-cultural, no directament política, però fonamental per a diagnòstics complexos en polítiques públiques que requereixen avaluacions compartides. La construcció d'una cultura dels drets humans en aquest context se amplia a un treball col·laboratiu amb múltiples deliberacions y innovacions en teixits y narratives socio institucionals en les que els nous activistes han de generar noves lletres y ritmes polítics (Fishman, 2014).

## **Bibliografía**

- ANDRADE, JUAN (2013) *“El PCE y el PSOE en (la) Transición. Intelectuales, militantes y medios de comunicación ante la evolución ideológica de la izquierda, Ayer, nº 89 (1). 167-96.*
- ANDRADE, JUAN (2017) *“A cien años de la revolución Rusa: algunas reflexiones y seis textos para seguir pensando”, Nuestra Historia, nº 4 pp.11 -20.*
- BABY, SOPHIE (2018) *El mito de la transición pacífica. Violencia y política en España (1975-1982)*, Madrid: Akal.
- CALVEIRO, PILAR (2005) *Política y/o Violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años 70*, Buenos Aires: Norma Editorial.
- CAMPOS, ESTEBAN (2015) *“Tortura, traición y justicia revolucionaria en la revista Evita Montonera (1974-1976) en M. Cajas de la Vega y P. Pozzi (coord.) Cultura de izquierda, violencia y política en América latina*, Buenos Aires: CLACSO.
- CASANELLAS, PAU (2013) *“Hasta el fin, Cultura revolucionaria y práctica armada en la crisis del franquismo”, Ayer, nº92 (4).*
- CASTELLS, MANUEL (2018) *Ruptura: la crisis de la democracia liberal*, Madrid: Alianza Editorial.
- CASTELLS MANUEL (2008) *“Productores de ciudad: el movimiento ciudadano de Madrid” V.Perez Quintanay P.Sanchez Leon Memoria ciudadana y movimiento vecinal. Madrid, 1968-2008*, Madrid: Catarata, 2008.
- CARMONA HURTADO, JORDI (2018) *Paciencia de la acción. Ensayo sobre políticas de asambleas*, Madrid: Akal.
- DEL ÁGUILA JUAN JOSE Y GARCÍA DE ENTERRÍA, EDUARDO (2001) *El Top: La represión de la Libertad (1963-1977)*, Barcelona: Planeta.
- DOMÈNECH SAMPERE XAVIER (2011) *Cambio político y movimiento obrero bajo el franquismo Lucha de clases, dictadura y democracia (1939-1977)*, Barcelona: Icaria.
- EQUIPO CCR (CARTOGRAFÍAS DE CULTURAS RADICALES) (coord.) (2015) *Memoria de combate. (Auto)biografía oral de*

Miguel Romero "Moro", Madrid, Postmetropolis Editorial - Viento Sur

–ERREJON, JOSE ANTONIO (2015) *"El Partido del trabajo de España"*, Viento Sur nº115, pp. 72-79.

–ESTEBARANZ, JXTO (2011) *"La eclosión de la corriente asamblearia"*, Viento Sur nº115, pp. 79-87.

–FEENSTRA, RAMÓN A. (2017) *"Democracia y elección por sorteo en las nuevas formaciones políticas: teorías políticas clásicas y contemporáneas Daimon"*. Revista Internacional de Filosofía, nº 72.

–FERNANDES, TIAGO (2015) *"Rethinking pathways to democracy: civil society in Portugal and Spain", 1960s–2000s*, Democratization, 22:6.

–FERRÁNDIZ, FRANCISCO (2010). *«De las fosas comunes a los derechos humanos: El descubrimiento de las desapariciones forzadas en la España contemporánea»*, Revista de Antropología Social, 19, pp. 161-189.

–FERRANDIZ FRANCISCO (2019) *"Exhumar la derrota: Fosas comunes de la Guerra Civil en la España del siglo XXI"* Endoxa Núm. 44.

–FISHMAN, ROBERT (2014) *"Networks and Narratives in the Making of Civic Practice: Lessons from Iberia"*, J.Girouard and C.Sirianni (eds.), *Varieties of Civic Innovation: Deliberative, Collaborative, Network and Narrative Approaches*. Vanderbilt University Press.

–FISHMAN, ROBERT (2012) *"On the Significance of Public Protest in Spanish Democracy"* in Jacint Jordana, Vicenc Navarro, Frencese Pallarés and Ferran Requejo (eds.), *Democràcia, Política i Societat; Homenatge a Rosa Virós*. Barcelona: Universitat Pompeu Fabra – Avenc.

–GALLEGO FERRAN (2008) *El mito de la transición: la crisis del franquismo y los orígenes de la democracia (1973-1977)*, Barcelona: Crítica.

–GIMÉNEZ AZAGRA, FERRÁN (2019) *Movimientos sociales y construcción de subjetividades: los casos de la PAH y de la CUP*,

Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.

–LABRADOR, GERMAN (2014) “¿Lo llamaban democracia? La crítica estética de la política de la transición española”, Kamchatka: revista de análisis cultural Nº. 4 págs.11-61.

–LETAMENDIA, FRANCISCO (2011) “La izquierda abertzale en la pre-transición 1974-junio 1977”, *Viento Sur* nº115, pp. 87-95.

–JEREZ, ARIEL, SAMPEDRO, VICTOR Y LOPEZ REY, JOSE (2008) *Del 0’7% a la desobediencia civil. Política e información del movimiento y las ONG del Desarrollo (1994-2000)*, Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.

–JEREZ ARIEL (2013) “Memorias, identidades y culturas políticas. El movimiento de Memoria y los Derechos Humanos desde la investigación participativa” Revista electrónica interuniversitaria de formación del profesorado, Vol. 16, Nº.3.

–JEREZ, ARIEL; MACEIRAS, SERGIO; MAESTU, ENRIQUE (2015). “Esferas públicas, crisis política e internet: el surgimiento electoral de Podemos” *História, Ciências, Saúde – Manguinhos*, v.22, supl.

–JEREZ NOVARA ARIEL Y SÁNCHEZ LEÓN PABLO (eds.), (2015) *Con la memoria de una República por venir, Conversaciones intergeneracionales sobre identidades antifranquista y democracia*, Madrid, Postmetropolis Editorial - Fundación Contamíname.

–MARTÍN-CHIAPPE MARÍA LAURA (2019) “De la fosa al cementerio: el complicado camino de la reparación para los represaliados/as por el franquismo 121” A.Messuti (ed.), *Construyendo memorias entre generaciones. Tender puentes, buscar verdades, reclamar justicia*. Madrid, Postmetropolis editorial.

–MARTÍNEZ I MUNTADA RICARD (2016) “La izquierda revolucionaria en tiempos de cambio político: algunas consideraciones generales y una experiencia particular” C. Molinero y P.Ysàs (coords.) *Las izquierdas en tiempos de transición*, València : Universitat de València.

–MORENO PESTAÑA JOSÉ LUIS (2017) “El sorteo y la recepción del populismo en Podemos”, *Arizona Journal of Hispanic Cultural Studies*, Volume 21 pp. 311-328.

- MORENO PESTAÑA JOSÉ LUIS (2019) *Retorno a Atenas: La democracia como principio antioligárquico*, Madrid: Siglo XXI.
- MONGE LA SIERRA, CRISTINA (2017) *15M: Un movimiento político para democratizar la sociedad*, Zaragoza: Prensa Univesitaria.
- MOLINERO; CARME E YSAS, PERE (2008) “La izquierda en los años setenta”, *Historia y Política*, nº20.
- MONTOTO UGARTE MARINA (2019) “¿Qué hace una millennial como yo en un movimiento como este?: Reflexiones de una joven antropóloga dentro de la “Querella Argentina” A.Messuti (ed.), *Construyendo memorias entre generaciones. Tender puentes, buscar verdades, reclamar justicia*. Madrid, Postmetropolis editorial.
- NORRIS, PIPPA, AND RONALD INGLEHART (2019) *Cultural Backlash : Trump, Brexit, and Authoritarian Populism*. Cambridge: Cambridge University Press.
- PÉREZ, ANTONIO (2016) *Pequeña historia de la llamada Acracia. La resistencia universitaria al tardofranquismo*, Madrid, Postmetropolis Editorial.
- PINILLA GARCÍA, ALFONSO (2017) *La legalización del PCE, la historia no contada (1974-1977)*, Madrid: Alianza Editorial.
- POZZI, PABLO (2013) “Sobre entrevistar militantes y activistas” en P.Pensado Leglise (coord.) *Experimentar la izquierda. Historias de la militancia en América Latina (1950-1990)*, Buenos Aires: CLACSO.
- RAZQUIN, ADRIANA (2015) “Juventud antifranquista en el movimiento 15-m. La reactivación de trayectorias militantes rotas”, *Encrucijadas. Revista crítica de Ciencias sociales*, nº9.
- VILLASANTE TOMÁS R. (1995) *Las democracias participativas. De la participación ciudadana a las alternativas de sociedad*, Madrid: Ediciones HOAC.
- ROMANOS, EDUARDO (2011a) “Emociones, identidad y represión: el activismo anarquista durante el franquismo”, *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, nº134, pp. 87-106
- ROMANOS, EDUARDO (2011b) “Factionalism in Transitiuon: A



*comparisi3n of ruptures in the Spanish Anarchist Movement*”, *Journal of Historical Sociology*, vol24, n3, pp. 355-380.

–ROMANOS, EDUARDO (2013) “*Collective Learning Processes within Social Movements: Some Insights into the Spanish 15-M/Indignados Movement*” C. F. Fominaya and L.Cox (eds.) *Understanding European Movements*, London: Routledge, pp.213–219.

–SAMPEDRO, VICTOR (2015) “*Podemos, de la invisibilidad a la sobre-exposici3n.*” *Teknokultura* 12 (1): 137–145.

–SAMPEDRO, VICTOR, AND JOSEP LOBERA (2014) “*The Spanish 15-M Movement: A Consensual Dissent?*” *Journal of Spanish Cultural Studies* 15 (1): 68–80.

–SANCHEZ LEON, PABLO (2008) “*La Memoria Cívica: biopolítica de los dirigentes vecinales madrileños*” en V Pérez Quintana, y P Sánchez León *Memoria ciudadana y movimiento vecinal. Madrid, 1968-2008*, Madrid: Catarata.

–SANCHEZ LEON, PABLO (2010) “*Radicalism without Representation: On the Character of Social Movements in the Spanish Transition to Democracy*” D. Muro y G. Alonso (eds.) *The Politics and Memory of Democratic Transition The Spanish Model*, New York: Routledge.

–SÁNCHEZ LEÓN PABLO (2014) “*Desclasamiento y desencanto. La representaci3n de las clases medias como eje de una relectura generacional de la transici3n española*” *Kamchatka: revista de análisis cultural* N.º. 4 págs. 63-99.

–SÁNCHEZ LEÓN PABLO Y IZQUIERDO MARTÍN JESÚS (2017) *La guerra que nos han contado y la que no. Memoria e historia de 1936 para el siglo xxi*, Madrid, Postmetropolis Editorial.

–SÁNCHEZ SOLER, MARIANO (2010) *La Transici3n Sangrienta. Una historia violenta del proceso democrático en España (1975-1983)*. Barcelona: Península.

–SARRÍA BUIL ARÁNZAZU (2016) “*Las memorias de Cipriano Mera. eEl ejercicio de historiar una militancia política*” en C. González y A. Sarría Buil (eds.), *Militancias radicales. Narrar los sesenta y setenta desde el siglo xxi*, Madrid: Postmetropolis Editorial..